

LA GRAN VELADA

EN HONOR DE

Don Ricardo Palma

Nunca hubo en Lima fiesta tan hermosa, tan llena de sinceridad, de cálido y patriótico entusiasmo, como la que ha pocas noches se efectuó en el Municipal en homenaje y desagravio del Decano y maestro de nuestras letras.

Inútiles fueron, para orgullo de nuestro civismo y de nuestra cultura, la propaganda tan repetida como desprestigiada contra las proyecciones políticas de las manifestación, y las amenazas de escándalo que subterráneamente se hacían correr para restar público á la Velada. Una concurrencia en la que se confundían los representantes de nuestra mejor clase social, los altos personeros de todas las agrupaciones políticas, salvo por supuesto la oficial, si así puede llamársele, los estudiantes, el verdadero pueblo, el que se reúne espontáneamente, y porque vive de su trabajo no necesita de pecuniarias insinuaciones, llenó literalmente el teatro, y se desbordó en los pasillos, honrándose en la fiesta inolvidable, donde vibró todo entero el corazón de la Patria.

Fiesta santa en su significación y en su promesa, que nunca comprenderán quienes fueron incapaces de procurarla; consoladora manifestación de respeto que se recordará mañana con orgullo y que ha de obligar á una nueva vileza, la mentira, á quienes después de haberse retraído aquella noche asegurarán que fueron los más entusiastas sostenedores de la justicia y de la dignidad.

Nadie que no sea imbécil ó perverso dejará de comprender que era imprescindible por amor propio nacional una manifestación á don Ricardo Palma. Si hay reputaciones definitivamente consagradas que honran á la América

entera, ninguna ha alcanzado la unanimidad de sufragios que la de nuestro peruano tradicionista.

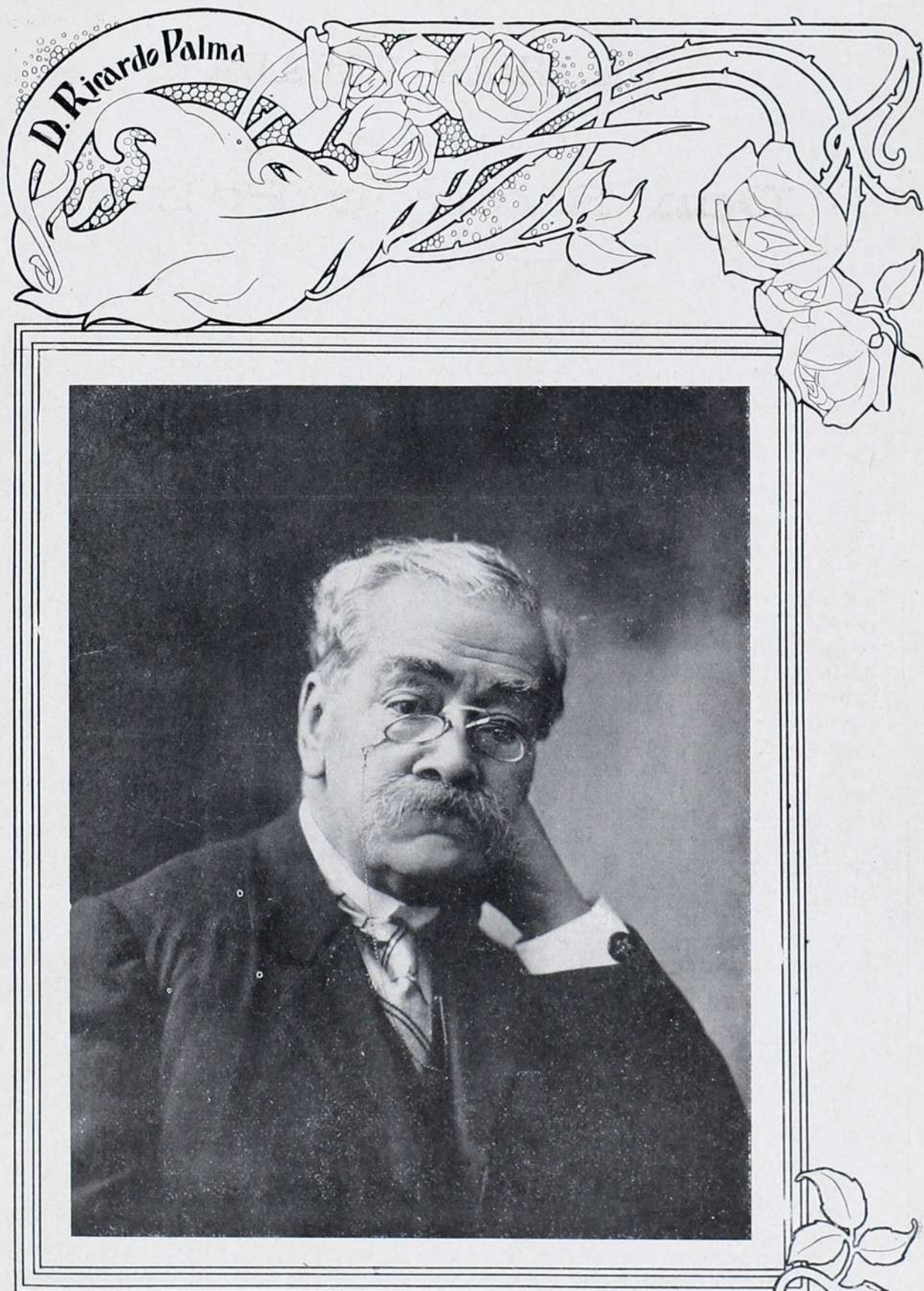
Tenemos á la vista el último número de *Mundial* y hemos sentido vergüenza—y no por nosotros—y pena, leyendo el artículo que sobre la República del Perú ha escrito el egregio y lírico maestro Ruben Darío:

«Hace ya largos años tuve la suerte de pasar algunas horas en Lima. ¡Lima! La ciudad tradicional de la riqueza, de la gentileza, y del encanto femenino, *la ciudad de Santa Rosa y de don Ricardo Palma*.

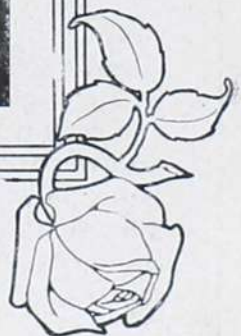
¿Qué dirá Ruben Darío al saber que en esta Lima de Santa Rosa y de don Ricardo Palma, el «anciano benemérito», se vió obligado por los caprichos injustos de un Gobierno irrespetuoso, á salir de aquella Biblioteca que amparó con su renombre y formó con su paciente laboriosidad?

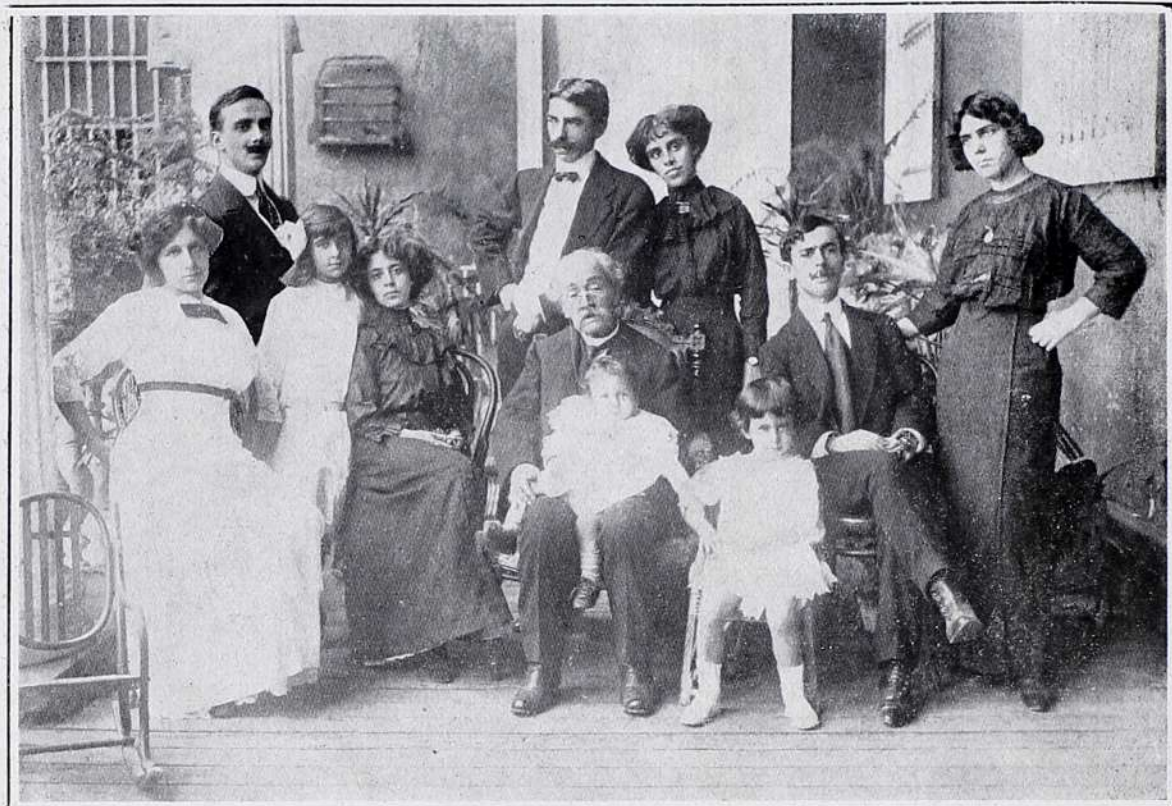
Las simpáticas frases de aquel gran espíritu que no concibe nuestra tierra sin don Ricardo, hacen más saltante la triste inferioridad de nuestros gobernantes, y realzan la justicia del grandioso homenaje. Sólo falta que la antojadiza omnisciencia de los que se embriagaron con el Poder, refute á Ruben Darío, como cree haberlo hecho con nuestra juventud intelectual, acusándole de que *hace política*, porque elogia y venera á un noble anciano.

—Poco antes de las 10 acompañado de la comisión designada, llegó con su familia el ilustre tradicionista. Un inmenso clamor de entusiasmo le recibió, y cuando ingresara á su palco en la sala, se agitaron los pañuelos, las señoras en los palcos aplaudieron, y todo el público se puso de pié, en un saludo largo y emocionante.



Ultimo retrato del tradicionista





El señor Palma rodeado de sus hijos y de sus nietos



Don Ricardo Palma con su familia, al llegar al teatro

En un palco artísticamente adornado, tomó asiento don Ricardo Palma acompañado de su familia. En el semblante austero y simpático del anciano vagaba la misma sonrisa serena de los viejos tiempos. Daba una emoción delicada y suave, verle con sus hijos recibiendo el homenaje delirante de sus «conciudadanos conscientes».

Las aclamaciones se sucedían interminablemente, y el nombre de don Ricardo Palma iba envuelto con el amado nombre de la Patria.

Después de la obertura de Guillermo Tell, ejecutada por la orquesta, apareció en el proscenio el señor doctor don José de la Riva Agüero, quien pronunció un hermoso y vibrante discurso. Prolongadas y repetidas ovacio-



El Dr. Riva Agüero ofreciendo la fiesta

nes saludaron su palabra cálida llena de veneración hacia el maestro. Dijo entre muchas hermosas cosas:

«El vínculo indisoluble, que á ojos de propios y extraños, une vuestro nombre al del Perú, es el más exquisito y magnífico elogio de vuestra obra, por-

que prueba el eminente lugar que ocupáis en el alma y la memoria de este pueblo. Cuando se piensa en el Perú de antaño, forzosamente tiene que pensarse en vos, que habéis sabido reanimarlo y personificarlo. Por eso, quien os honra, honra á la patria; quien os irrita, la ofende. Y la íntima asociación con la historia del Perú, no existe sólo en vuestros esclarecidos escritos, sino en todo el curso de vuestra larga vida. En la niñez, os cupo la dicha de endulzar, con una última aclamación afectuosa en Lima, el desengaño del gran Santa Cruz, vencido y fugitivo; en la juventud, participásteis de todos los generosos entusiasmos del romanticismo literario y del liberalismo político, conocísteis la ufana altivez de aquellos felices días en que el Perú predominaba sobre esta parte de América, asistísteis al desembarco de Castilla en Guayaquil y al combate del Callao el Dos de Mayo; padecísteis luego ruina y desastre en la derrota nacional; en la época de reconstitución y convalecencia, rehicísteis la Biblioteca, debida á vuestros desvelos, en cuya grave recinto os hemos contemplado como la viviente imagen de la tradición y el saber antiguo, y que dejais dando lección tan noble de entereza; y para que en todo os toque parte de las vicisitudes prósperas y adversas de la patria, permite la suerte que lleguen hasta turbar vuestra serena vejez las tristezas del momento presente.

«En vuestra senectud, á la vez augusta y benévola, iluminada por la amable sonrisa de siempre, aparecéis como uno de aquellos venerados patriarcas homéricos, que en deliciosos discursos daban cuenta á las generaciones de los hechos y costumbres de los predecesores; en cuyos labios, tesoro de experiencia, hacían sus moradas las gracias; y en cuyas palabras fluían las mieles del buen decir. Como ante un abuelo querido y glorioso, nos inclinamos ante vos reverentes todos los peruanos capaces de apreciaros.

«Legendario desde ahora, decoro y ornamento de la nación, símbolo de lo pasado, intérprete y medianero de la antigüedad, situado en el umbral de lo Eterno, sobre la blanca majestad de

vuestras canas resplandece el fulgor de la apoteosis.

«Recibid, señor, los aplausos de este público, que son ya para vos los de la posteridad y cuyo eco resonará largamente en la historia; escuchad como, en ovación amorosa, os aclama padre y rey de nuestras letras, joya y reliquia inviolable de la patria.»

Luego el señor doctor don Felipe Barreda y Laos leyó un interesantísimo trabajo, en el que estudió atentamente la personalidad histórica y literaria del autor de las Tradiciones. Dijo ganando muchos aplausos, entre otras muchas cosas:

“Las tradiciones de Palma son prodigios artísticos, que tienen mucho de



El Dr. Barreda y Laos, leyendo su trabajo

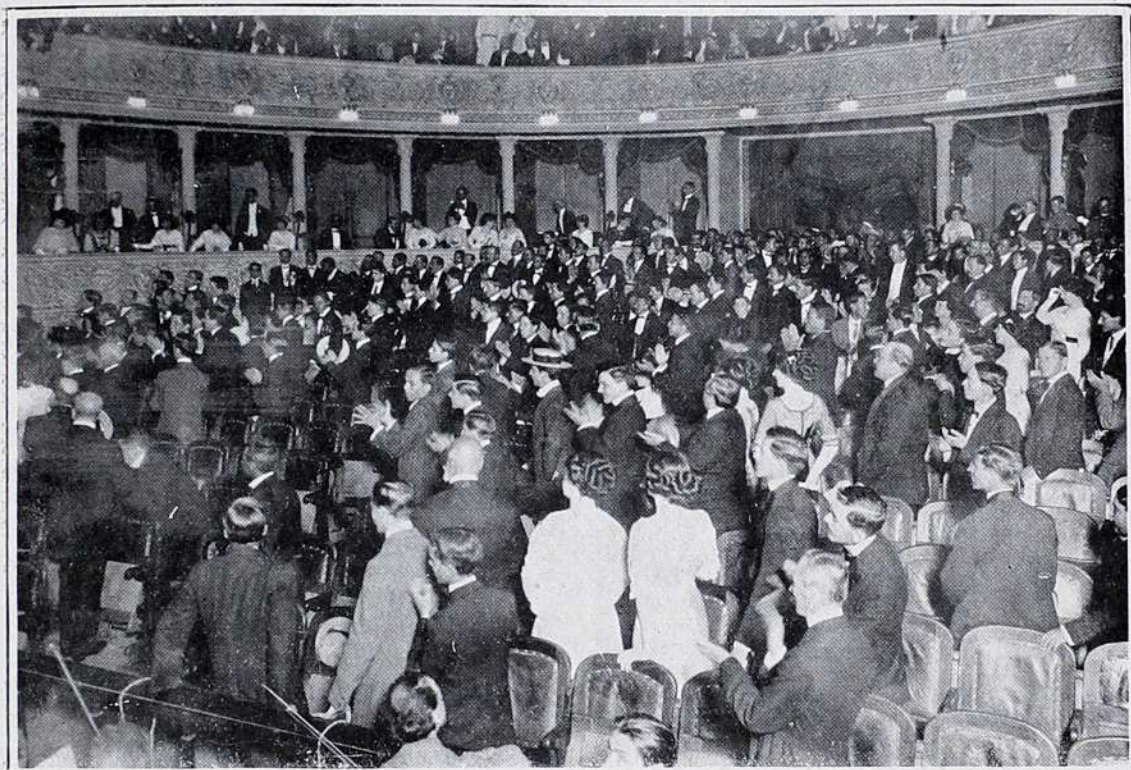
historia y mucho de romance, sin llegar á ser ni lo uno ni lo otro. Es un género propio, originalísimo, del cual es él creador, y que Bello, Batres Montúfar, Antonio Flores y Juan Vicente Camacho presintieron sin llegar á descubrirlo. Es en este género literario en el que Palma conquista el puesto

de príncipe de la literatura patria, asegura su renombre en el mundo literario, y gana para la América incomparable triunfo intelectual.”

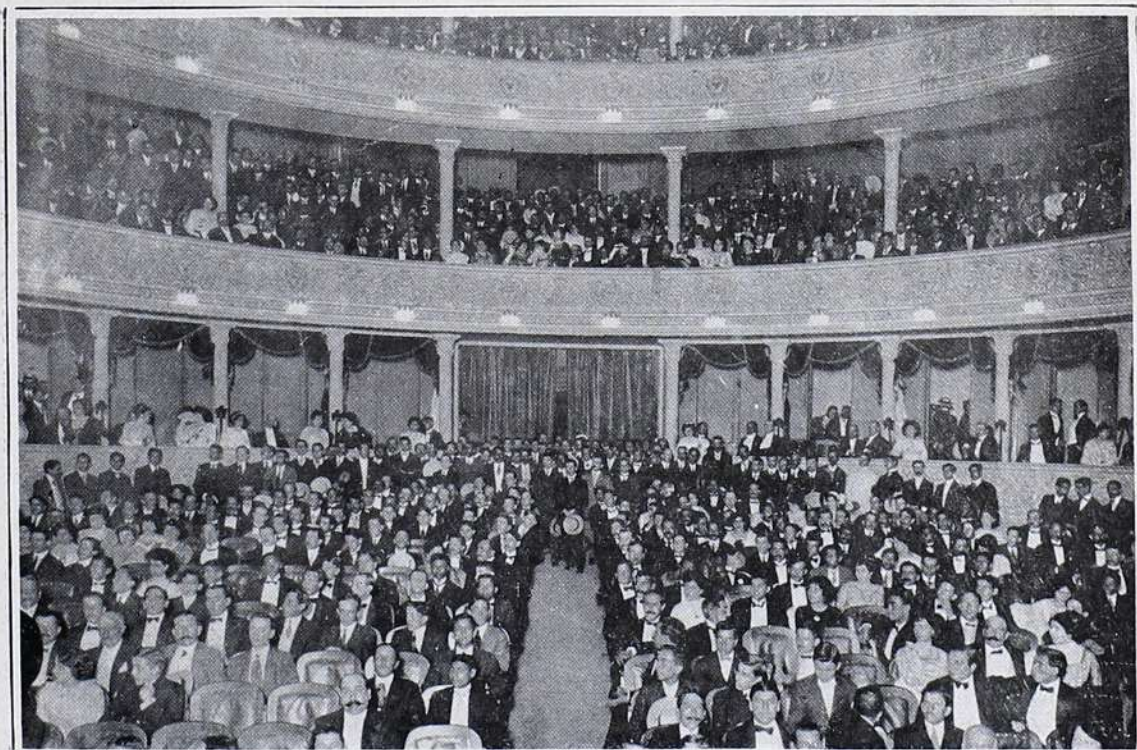
“Con sobrada razón afirma Miguel Badía que la obra de Palma es americana, porque ninguna mejor que ella, retrata las costumbres é intimidades del espíritu criollo desarrollado en este continente bajo la influencia inmediata de los españoles. Esta observación es rigurosamente exacta: Las tradiciones de Palma, “Guesa errante” de Gonza Andrade, “Tabaré de Zorrilla de San Martín, y la «Araucana» de Ercila, esta última por su contenido, son las obras que han satisfecho el verdadero ideal del americanismo literario.”

«Pero ni los numerosos méritos contraídos por Ricardo Palma, ni la significación que para la cultura del Perú tiene su obra, han logrado mantenerlo á salvo de la arbitrariedad dominante. Pero hay golpes que no hieren, sino encumbran y enaltecen. Arismendi creció en prestigio cuando sufrió la persecución de Guzmán Blanco; Alberdi se glorificó en el destierro. En la lucha entre el espíritu y la fuerza, siempre vence al primero; el pensamiento humano y la dignidad, tienen represalias morales irresistibles. Cuando se analicen las condiciones sociales y morales del Perú de estos días, y esta época desgraciada pase á la historia con el nombre que se merece, permanecerá siempre imborrable, como una sugestiva lección, el magnífico ejemplo de Ricardo Palma, venciendo en hora de lucha, y dictando, casi al fin de la jornada de la vida, una soberbia página de energía juvenil y dignidad caballeresca. Para él nuestro homenaje de admiración y de cariño; para él el laurel de nuestros aplausos».

Después del correspondiente número de música apareció Felipe Sassone, quien con maestría incomparable *convorsó* deliciosamente con el público. Su actitud, su gesto, su naturalidad hicieron una magnífica impresión en el público, que aplaudió con entusiasmo su maravillosa improvisación. de la que ofrecemos algunos párrafo:



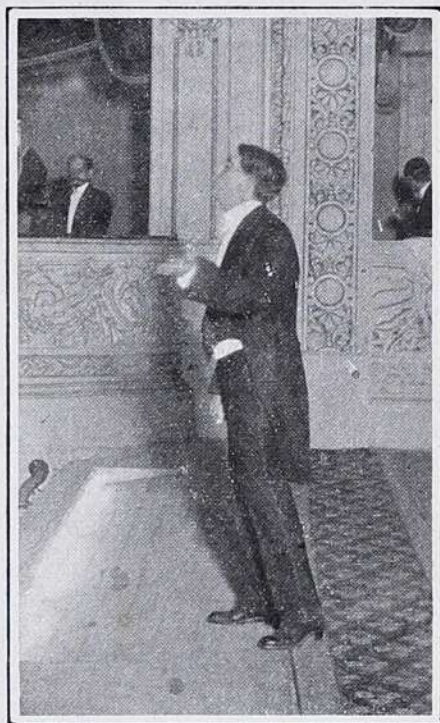
El público de pié, ovacionando al tradicionista



Un hermosísimo aspecto de la sala

«Nunca sentí ni lamenté como ahora, el rigor de mi torpeza, pues que hubiera querido hallar sonoridades musicales en mi verso ó sutiles hermosuras en mi prosa para burilar, con paciencia de florentino artífice, loa que fuese digna de don Ricardo Palma, del ilustre escritor, del noble anciano que tiene blanca la testa y blanca la conciencia..... (Ovación)

“¡Amad á los viejos porque fueron jóvenes y primaverales!” — dijo mi gran amigo y gran poeta José Gálvez; pero no todos los viejos supieron ser primaverales. La juventud no depende de los años del cuerpo sino de la vida del espíritu. ¡Jóvenes que prisioneros en la cárcel de su miedo, de sus dogmatismos, prejuicios é inspiraciones hereditarias, nunca se asomaron á las ventanas de lo porvenir, ni acertaron á ver la luz de una nueva verdad, ni comulgaron con la hostia de una nueva doctrina, no fueron jóvenes jamás! (Aplausos)



Felipe Sassone en su *causerie*

Este noble anciano á quien honramos honrándonos á nosotros mismos. . (Aplausos)...es como un árbol gigantesco á cuya sombra ha florecido nuestra literatura, es como un árbol

añoso que en la noche de la vida deja que su copa, aun frondosa, se platee á la luz suave de una luna de gloria... (Grandes y prolongados aplausos).....

Este noble anciano, optimista y amable, sabio y picaresco como un viejo libro de refranes, epigramas y decires, es joven aún porque en la hora triste, en la hora del frio, en la hora de las claudicaciones cuando los que hicieron de toda su vida un noble gesto de independencia y rectitud, se doblegan, negándose á sí mismos, ha sabido darnos una hermosa lección de entereza y de virilidad.....

(Bravos, Aclamaciones, Delirante entusiasmo.)

Mi charla se reduce ya á cuatro palabras.

Ricardo Palma: deja que te tutee como á los Dioses: la juventud viene á decirte que te admira, te venera y te ama. Llegá tu ocaso: pero no importa. Es un ocaso luminoso como una aurora: tiene luz, mucha luz, luz de talento, de laboriosidad, de dignidad y de bien. (Viva y prolongada ovación).

A los que me dieron ocasión de honrarme en esta fiesta y á todos vosotros que me habéis escuchado con paciencia, gracias, muchas gracias...Y buenas noches.....»

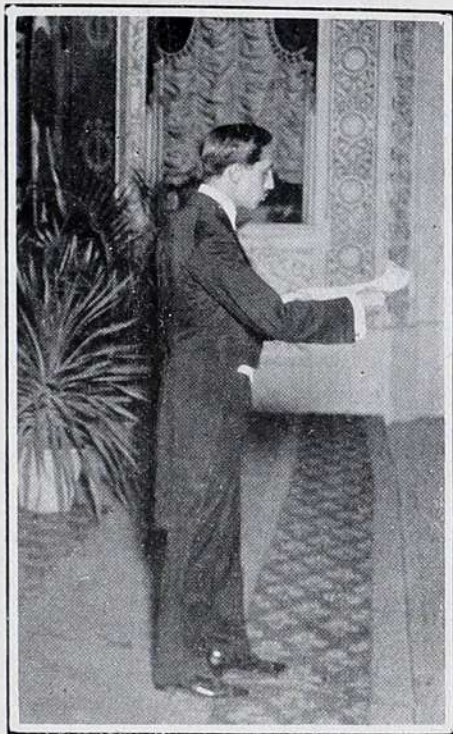
(Estalla una formidable salva de aplausos en obsequio al orador).

Así tan admirablemente, terminó la primera parte de la Velada.

Los militares Venezolanos que se encontraban en un palco fueron saludados entusiastamente por el público.

Después de un arreglo de la hermosa opera El Guarany del maestro Gomez, el doctor don Juan B. de Lavalle, dió lectura á su trabajo sobre la obra poética del maestro Palma, causando una simpática y entusiasta impresión en el público. Repitió viejísimos versos del poeta, seleccionó con gracia y fino espíritu criticas deliciosas composiciones, y recogió abundantísimos aplausos. Su trabajo produjo excelente impresión.

Reproducimos algo de su disertación.



El Dr. Lavallo, durante su disertación

“Maestro: permitid que os cite y os haga hablar con la verba de antaño. Vos sabeis señor que la perla vale más que el engaste y que la glosa no iguala al original.

Lo de siempre. (ed. Torres Aguirre, 1887, página 347).

Si llega á ser gobierno el rey Perico
ya verá usted, mi amigo, lo que es rico.
Pondrá coto al derroche
y no andarán los pícaros en coche,
no bailará el ratón dentro del queso,
y libertad tendremos y progreso
y habrá tal abundancia
en aldea y ciudad, plaza y esquina,
que, como lo anhelaba un rey en Francia,
todos tomarán caldo de gallina.
No tendremos ni chinches en la cama,
ni cumple el rey Perico su programa:
y seremos, mi amigo, tan felices
que hasta al que es chato le saldrán narices:
— Con tal que cumpla, cuando se halle arriba.
¡Viva Perico, ¡viva! ¡viva!

Tras una cachetina
de esas de cuerda, palo y chamusquina,
el rey Perico, al fin de la jornada,
cálzase la prebenda suspirada.
Y mire Usted qué hallazgo!
Con el otro moríamos de hartazgo,
y tenemos con esto !voto á sanes!
el milagrito de los cinco panes.

La casa los ratones han limpiado
y ni estaca en pared nos han dejado;
nadie tiene seguro su pellejo,
y adelante el país . . . como el cangrejo.
— Pues, muchachos, cambiemos de bandera:
¡muera Perico! muera! muera!

Trabajar es luchar. Grabemos está máxima en el alma: Trabajar y espremos. Si, anciano queridísimo, confía en que trémulos y ardorosos levantamos de la arena tus armas benditas que nos abandonas, en que el esfuerzo de nuestros brazos sabrá sostenerlas en alto bajo el fuego del sol, ahora que emprendemos la jornada de las luchas viriles, llevando en las pupilas el resplandor de la aurora; que tu mirada nos sostenga en las horas difíciles, que tu voz nos acompañe y aliente diciéndonos como ahora muy quedo, entre el estremecimiento del alma apasionada y la palpitación del pecho generoso.—Venciendo nuestras inquietudes, apretando nuestras heridas, por encima de las miserias y de las injusticias de los hombres: Adelante juventud. Adelante! Y nosotros, maestro, te seguimos con la audacia legendaria y la impetuosa valentía de los francos cuando oyeron resonar en las montañas el eco trágico del cuerno de Rolando.”

Luego el poeta José Gálvez leyó la siguiente composición viéndose obligado á repetirla por el aplauso insistente del público.

A DON RICARDO PALMA

Sagrada musa de los viejos días
que fuiste grande en tu altivez gloriosa,
que prendiste en la sombra dolorosa
la luz de tus radiantes armonías,
que sobre la miserias del presente,
te erguiste con un gesto de protesta
en nombre del mañana floreciente,
¡Eterna madre de la heroica gesta!
¡Grande, fecunda, soñadora y fuerte
que el ritmo avivas de la sangre nueva
y que desafiadora de la Muerte,
eres vida que en gloria se renueva
eternamente, ¡como un sueño eterno!
Canta! Que en tanto que la vida nieva
y nieva de los años el invierno,
sobre la noble testa de un anciano,
la gloria que es tu hermana preferida,
irá á poner en su cabello cano
el beso de su luz estremecida!

Canta y revive las distantes horas,
vuelve el tiempo á las épocas amadas

y pon en cada corazón el sueño
de las dulces veladas amadoras,
surjan á tu conjuro las tapadas
con su encantado y escondido ensueño,
destáquese la lírica alameda,
pase como una sombra el encapado,
y en un balcón el escalón de seda
quede, como un romántico pecado
Que en un sitial tallado y enchapado,
dé el Visorrey al Arzobispo audiencia,
y que un Marqués altivo y desdénado
pierda bolsa y honor en la pendencia.
Que entre místico aroma de zahumerio
deshoje Rosa rosas y azucenas
y alabe á Dios en lírico salterio,
mientras con actitudes de misterio,
hablan de Aparecidos y de Penas
las viejas en el blanco bautisterio
Que en la oscura calleja enrevesada
á la luz de un candil de mal agüero
brille como relámpago un acero,
mientras ruega una voz apasionada
y ronda en torno un pájaro agorero.
Que en las casonas condes y marquesas
bailen minuetos, jueguen al tresillo,
y que pasen magníficas calesas
con el milagro de oro de su brillo

Que en el tropel conquistador y fiero
se alce aquel legendario Carbajal,
y su ademán de truhán y caballero
hasta en la muerte sepa ser triunfal!
Que surja con aroma de leyendas
toda la enorme vida del ayer,
y el brillar de las épicas contiendas
vuelva como en otrora á fulgecer!
Que se hagan carne del recuerdo vivo
las epopeyas de la libertad,
y entre un rumor batallador y altivo
dignos seamos de la vieja edad.
Que surjan los abuelos resonantes
que hicieron Patria con su corazón,
los Grandes Mariscales fulgurantes
que hicieron con su sangre su blasón.
Musa! que se despierte á tu conjuro,
la noble vida de la vieja edad,
y que la raza escuche en el futuro
la voz que llega de la Eternidad.
Que brillen las antiguas armaduras,
que renazcan las huestes atrevidas,
y que vuelque el ayer sus donosuras
sobre el mago inmortal que hizo sus vidas,
que canten sus canciones las campanas,
que ondulen las antiguas procesiones,
que florezcan de amor los corazones
y florezcan de rosas las ventanas,
que entre el moro cancel de los balcones
asomen ojos dulces y señeros,
que batan palmas las pulidas manos,
que tornen á altivez los caballeros
y tornen á villanos, los villanos!

Señor Ricardo Palma, yó era niño
cuando mi madre me contó una historia
que aún luce como un sueño en mi memoria,
con esa luz del maternal cariño
que nunca muere! La leyenda, grave
para mi pobre almita de pequeño,
despertó con su voz bñdosa y suave,
el pájaro dormido de mi ensueño.

Y soñé con las viejas tradiciones,
amé el perfume de las cosas viejas,
y en mi alma florecieron ilusiones
al canto arrullador de las consejas.
Vienen á mí memoria aquellos días
de mi niñez alborotada y pura,
en que mis inocentes fantasías
soñaron vuestra lírica figura ...
Erais un mago encantador de aquellos
que reparte sueños y cariños
y que blancos de luna los cabellos
era amado de viejos y de niños!
Erais el creador sutil que enlaza
los siglos con un broche reluciente,
el que encarna el legado de la raza,
el ayer, el mañana, y el presente.
Aún alumbra la lámpara en la estancia,
aún el libro se entreaire en la gaveta,
y aún en mi alma revuela la fragancia
de vuestra rancia frase de poeta.
Siento que mi niñez retoña hogaño
sobre mi corazón inquieto de hombre,
y con la pura idealidad de antaño
florece en mi memoria vuestro nombre.
Y siento un vago resplandor de cosas
distantes y fragantes; el pasado
revive con sus líneas armoniosas
y el tiempo se detiene enamorado.
Se torna miel la hiel de lo presente,
la tristeza de hogaño se difuma,
se puebla de armonías el ambiente
y yendo á vos mi frase se perfuma

.....
¡Oh juventud! La ancianidad gloriosa
lleva la juventud dentro del alma,
recordemos esta hora milagrosa
y no perdamos la altivez hermosa
que floreciera en Don Ricardo Palma!



José Gálvez, declamando

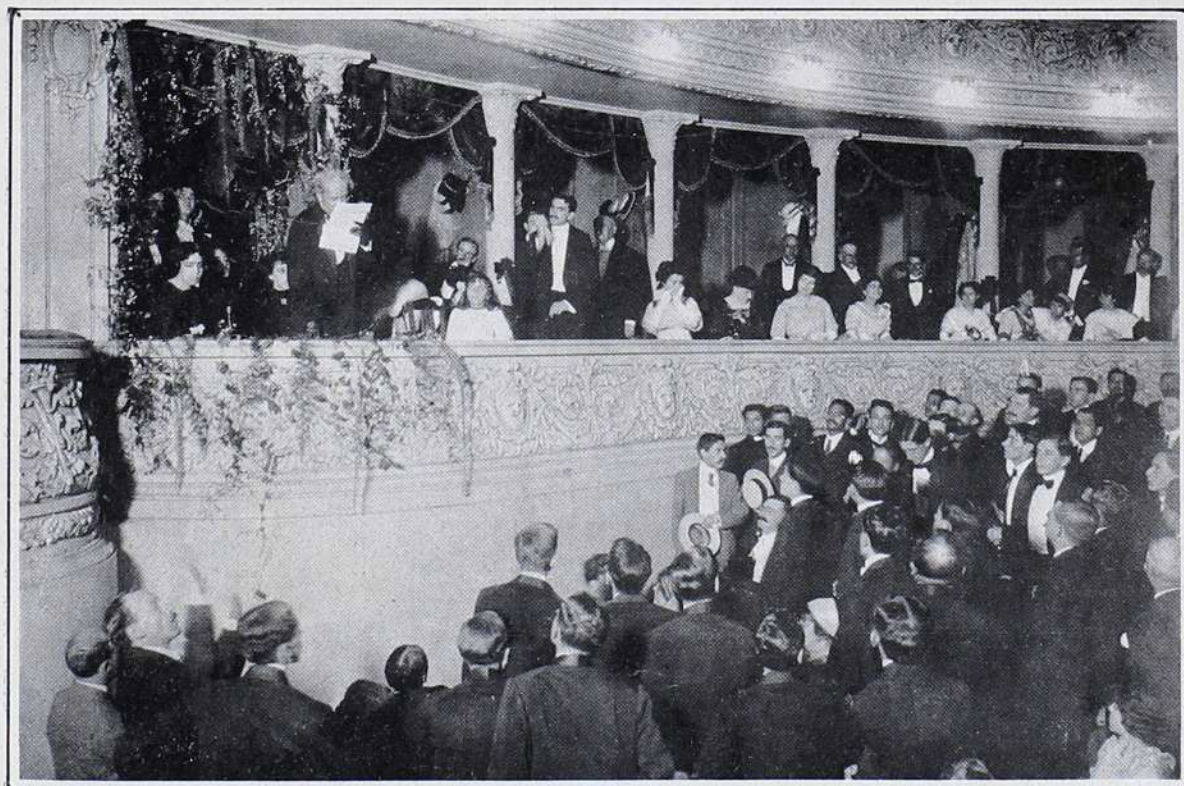
Luego vino una nueva pieza musical y se cumplió el número más esperado del programa. Habló don Ricardo Palma. Para escuchar su palabra, perfumada de emoción, se hizo un silencio solemne y religioso. Por la sala pasó un soplo de inmortalidad. El maestro con la voz clara y rotunda leyó desde su palco su discurso.

Al ponerse de pie, también lo hizo así la concurrencia, que le tributó una nueva y formidable ovación.

Hé aquí el hermoso discurso del tradicionista:

«Es idea corriente que los viejos, por el natural desgaste nervioso y sentimental producido en la marcha de su vida, son cerrados para las grandes emociones de dolor y de placer, de gratitud ó de resentimiento; pero yo os aseguro, jóvenes amigos míos, que esta hermosa manifestación de simpatía á mis canas y á mi labor, con que habéis querido desagraviarme de la inmerecida actitud con que el gobierno ha correspondido á mis esfuerzos de casi seis lustros en bien de la cultura de la patria, conmueve profundamente mi alma y compensa con creces las

amarguras de la decepción. Os confieso que habría sufrido hondamente si vuestra palabra de aliento y adhesión no hubiera venido á halagar mis postreras vanidades y á hacerme justicia por las únicas virtudes que he tenido en mi vida: el respeto de mi persona y la perseverancia de mi labor. No os imagináis cuan dulcemente han sonado en mis oídos las frases de bondad y de respeto con que habeis exagerado los merecimientos del viejo tradicionista y fundador de la actual Biblioteca nacional; la exaltación con que los jóvenes oradores y poetas organizadores de esta velada han hablado de mi personalidad, llega á mi espíritu como un cálido y acariciador fuego de almas generosas. Me veo aquí y os veo á todos los que habeis venido á esta fiesta, como un abuelo octogenario rodeado de sus hijos y de sus nietos; este caldeado ambiente de mi afecto me imagino que es el fuego del hogar, y siento tentaciones de narraros todas esas consejas y tradiciones de la patria que os he contado en mis libros. Afuera de este hogar ya sé que está la nieve en muchas almas analfabetas, la tempestad de las claudica-



Don Ricardo Palma leyendo su discurso

ciones y las miserias rencorosas. Ya lo sé; pero ello ¿qué nos importa? Me habeis traído aquí precisamente para que, en el perfume de vuestra delicada ofrenda de simpatía y de cariño, el viejo amigo encuentre el grato consuelo de la solidaridad social, juvenil é intelectual con la obra que, como bibliotecario y como escritor, he cumplido. ¿Qué más puedo desear que el saber de labios de los personeros más distinguidos de la juventud intelectual, que ésta aplaude la labor que he realizado en los 79 años de mi vida? ¿Qué galardón máspreciado para mí que el aplauso y la presencia de vuestras madres, de vuestras esposas, de vuestras hermanas, de vuestras novias, en este concierto de generoso significado? Voime de aquí contento y orgulloso, porque sé que al honrar mis canas y mi actuación literaria y bibliotecaria, lo habeis hecho con honda sinceridad y sin ajenos móviles que bastardearían vuestra manifestación. Recibid, todos, amigos míos, el abrazo estrecho que os doy con el alma entera antes de ir al desierto á plantar de nuevo mi tienda y á soñar allí con mis conquistadores valerosos, mis virreyes caballerescos y mis tapadas limeñas, gentilmente

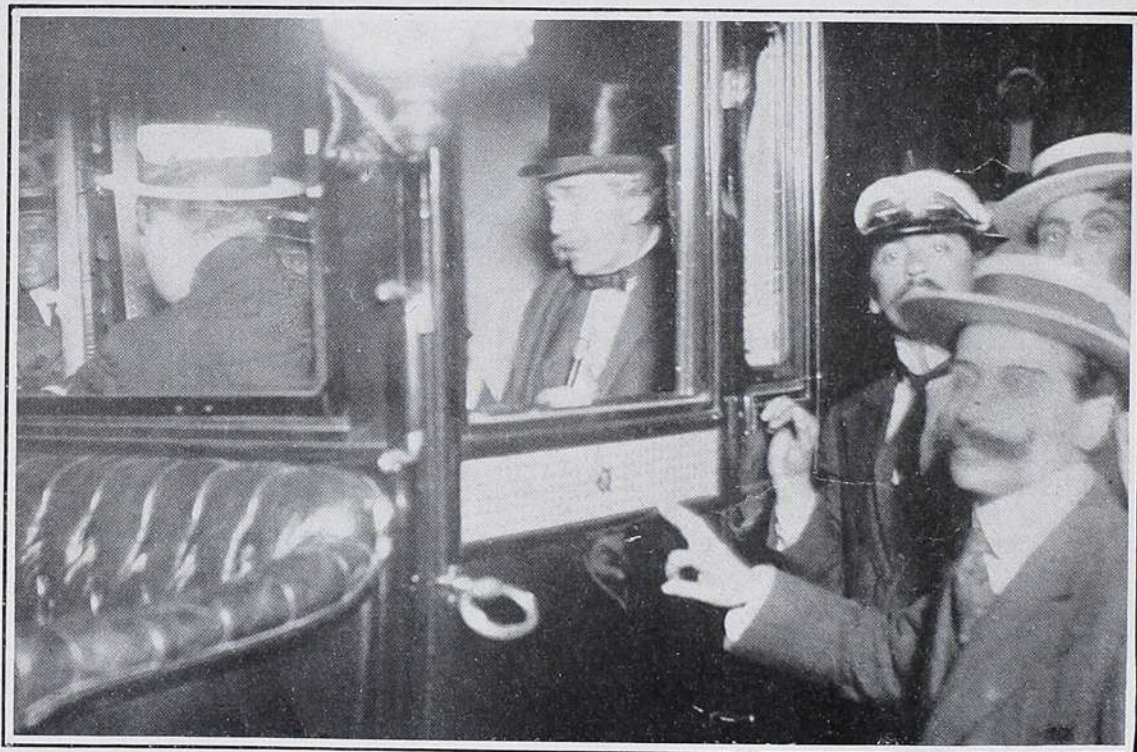
bellas y espiritualmente decidoras. Mis dolencias físicas no me permiten ya escribir tradiciones; pero habeis tenido la nobleza de escribir al abuelo la última, la más hermosa de esta manifestación de inolvidable recuerdo para mí.»

Fué interminable, sonora y profundamente emocionada la ovación que coreó las últimas frases del maestro.

Luego trabajosamente se hizo el silencio, y se inició el desfile. Abierto en dos alas el público, le recibió en el *hall* del teatro con una gran manifestación. Al subir á su automóvil, la ovación se hizo más alta, y un numeroso acompañamiento fué con él hasta el local de la Biblioteca.

El numeroso acompañamiento llenó el patio del local, vitoreando entusiastamente al digno y caballeresco anciano.

Los que participaron de tan hermosa fiesta conservarán un puro y amable recuerdo. Pasarán las presentes horas de amargura, y entónces todos, absolutamente todos, se sentirán orgullosos de que el venerable anciano recibiese el cumplido homenaje que tan estrictamente mereciera.



Don Ricardo Palma en el automóvil que lo condujo á su domicilio